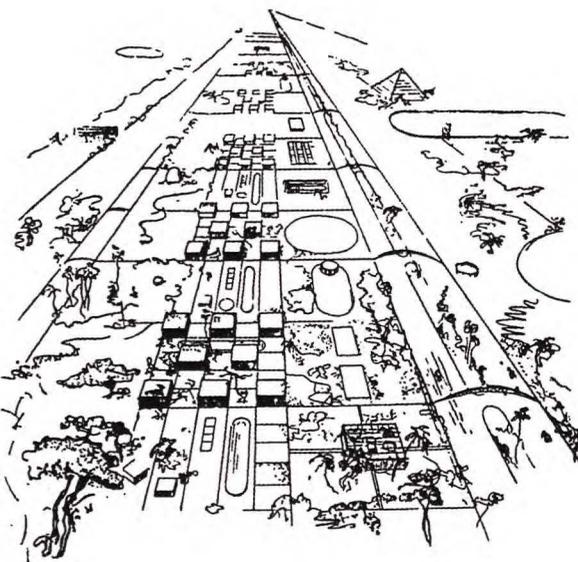


La manzana en la ciudad contemporánea

Integración del campo en la metrópoli actual

La nueva manzana, entendida no como forma cerrada, sino como unidad residencial compleja, resultado de la articulación de diversas piezas, debe servir en la ciudad contemporánea para recuperar el equilibrio entre edificación y espacio libre. Esta formulación, bien definida teóricamente, aún no ha sido llevada a cabo plenamente a la práctica.

Carlos Martí Arís



En la imagen superior, proyecto para la nueva ciudad de Magnitogorsk, 1930, de Ivan Leonidov. Perspectiva de la variante con edificios bajos. (P.A. Aleksandrov y S.O. Chan-Magomedov, "Iván Leonidov").

La manzana es un principio general de urbanización que posee un valor universal y permanente. Está presente, como elemento estructurador de la forma urbana, en culturas muy distantes entre sí en el espacio y en el tiempo: desde el sistema hipodámico helénico o la centuriación romana, pasando por las bastidas y ciudades mercantiles medievales o las ciudades de la colonización española en América, hasta llegar a la noción de supermanzana que aparece en muchas propuestas urbanísticas de los arquitectos del Movimiento Moderno, por citar tan sólo algunos de los hitos más relevantes de la historia de la construcción de la ciudad.

Por ello considero errónea y reductiva la posición de quienes tratan de restringir el alcance cognoscitivo de la manzana a un episodio histórico concreto. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se establece una identificación estricta entre la manzana como idea urbanizadora y la ciudad industrial compacta que surge desde la mitad del ochocientos, como si ese modelo de ciudad fuera el único posible que pudiese generar el recurso a la manzana como herramienta de proyecto.

En los últimos años ha surgido, en diversas ciudades españolas, una nueva generación de extensiones residenciales planificadas basadas en el modelo de los ensanches tradicionales. En estos ejemplos se percibe con nitidez la influencia ejercida por una reciente corriente del pensamiento arquitectónico y urbanístico que atribuye todos los males de la ciudad contemporánea a las ideas y propuestas de la arquitectura moderna y, en consecuencia, trata de hallar la solución a los actuales problemas urbanos defendiendo el retorno a las reglas de formación y a los sistemas de composición propios de la ciudad ochocentista. Me parece, sin embargo, que esta posición se basa en juicios de valor discutibles, sobre todo si son presentados, como ocurre a menudo, como juicios de hecho. No se puede,

en cualquier caso, confundir las propuestas de la cultura moderna para la ciudad y la residencia con las tergiversaciones que esas propuestas han sufrido y con las grotescas caricaturas que de ellas se han hecho. Por ese mismo método se podría llegar a descalificar cualquier modelo urbano.

Por ello, quienes, planteando así las cosas, han tendido a descartar de un plumazo toda la compleja experiencia de la modernidad, viéndola como un error total que hay que olvidar cuanto antes, sólo han conseguido cerrar en falso el gran debate sobre la ciudad contemporánea, dando por zanjada una cuestión que la tozuda realidad se ocupa de situar reiteradamente en el horizonte de nuestro campo problemático.

AGOTAMIENTO DEL ENSANCHE

En los "nuevos ensanches" está implícita una crítica, sin duda justificada, a la fragmentación, el desorden y la arbitraria ocupación del espacio suburbano de que adolecen muchas de las operaciones de desarrollo residencial realizadas durante los años sesenta y setenta en toda Europa. Sin embargo, el principal límite de esa crítica es que está hecha con la mirada puesta en los valores de la ciudad ochocentista, en vez de tratar de interpretar la realidad y los problemas de la ciudad actual a la luz de la experiencia moderna y de la propia cultura de la periferia.

A mi juicio, el modelo tradicional de ensanche (basado en la trama viaria reticular, la manzana cerrada y la formación de una pantalla edificatoria continua disciplinada a la alineación de la calle) que ha venido caracterizando durante mucho tiempo el crecimiento de nuestras ciudades -primero las de mayor tamaño, más tarde las de tamaño medio- está dando ya muestras evidentes de haber agotado su capacidad de incidir positivamente en el proceso urbanizador. No parece posible mantener



Vista aérea de Palomeras Bajas en el sector Madrid-Sur.(R. López de Lucio y A. Hernández-Aja, "Los nuevos ensanches de Madrid").

LA MANZANA EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

En la realidad metropolitana de nuestros días ha desaparecido esa forma urbana acotada, definida y conclusa, que establecía un límite preciso con respecto al espacio natural.

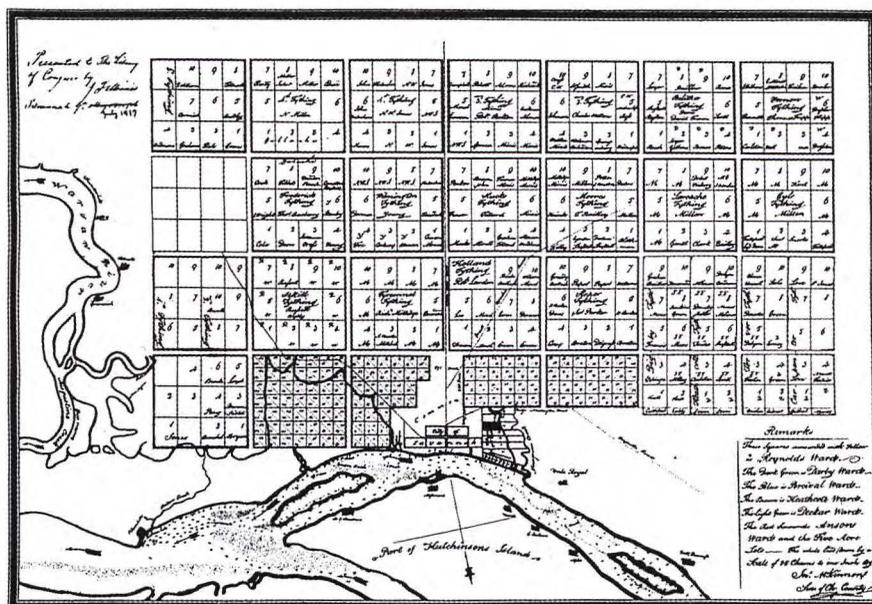
por más tiempo el criterio de extender indefinidamente el continuo urbano sobre el territorio circundante a base de prolongar la edificación compacta y los trazados geométricos ajenos a la base topográfica del propio territorio. Sin que ello signifique que haya que echar por la borda todo el bagaje teórico y operativo que el concepto manzana contiene.

Hoy ya no es posible seguir considerando el territorio que circunda a la ciudad como un espacio a ocupar con procedimientos de colonización, como si fuera un espacio sin huellas y sin identidad que está a la espera de verse inundado y barrido por el crecimiento urbano. La ciudad no crece, y ahora menos que nunca, sobre un terreno virgen, sobre un espacio neutro o informe, sino sobre un lugar largamente roturado y trabajado, un lugar que posee una estructura precisa que puede ser transformada pero no ignorada. Por este motivo la ocupación del territorio debería surgir de la inserción coordinada de los nuevos elementos urbanos en ese paisaje preexistente, que no es otro que el paisaje de la periferia. Esto comporta, en términos de interpretación de la realidad urbana, la renuncia a entender el concepto de continuidad del tejido edificatorio como un valor absoluto y un atributo indispensable de la urbanidad, aceptando, en cambio, la noción de ruptura como parte de la nueva estrategia urbana. Por lo tanto, los valores de centralidad y continuidad que encarnan los ensanches no pueden ya considerarse como los únicos valores positivos de la ciudad, opuestos a la condición negativa de la periferia, vista tan sólo como espacio residual y dependiente.

Bien al contrario, estamos asistiendo a la emergencia de los valores específicos de la periferia como lugar abierto, distendido, bien comunicado con los grandes equipamientos e infraestructuras, lugar de contacto con los grandes vacíos y con los espacios naturales, ámbito de fácil acomodo para las nuevas formas de instalación residencial.

LA CIUDAD DIFUSA

La ciudad tradicional era un artefacto abarcable y perfectamente delimitado que establecía una relación inmediata y directa con el campo. En ella no existía periferia, en la acepción actual del término. En la realidad metropolitana de nuestros días ha desaparecido esa forma urbana acotada, definida y conclusa, que establecía



un límite preciso con respecto al espacio natural. En los indecisos bordes del núcleo urbano compacto, la ciudad se entremezcla con el campo y se difunde en el territorio. En estos nuevos ámbitos suburbanos, grandes bolsas de espacio libre quedan englobadas y atrapadas en la nueva red tejida por la metrópoli. Y esos fragmentos de campo y de paisaje natural pueden ser vistos como parte de la nueva estructura urbana. Campo y ciudad desdibujan sus límites. La condición de la ciudad difusa y desparrramada por el territorio estaba ya contemplada y teorizada en lo que cabría definir como los dos grandes modelos maduros de la urbanística moderna: "Les trois établissements humains" de Le Corbusier (1945) y "The New Regional Pattern" de Ludwig Hilberseimer (1948). Ambos, por diversos caminos, llegan a parecidas conclusiones y descubren que aquellos instrumentos arquitectónicos que deben dar forma a la ciudad y al campo son, en sustancia, los mismos.

Como señala Ramón López de Lucio en su concisa y lúcida disección de la ciudad occidental contemporánea, en 1965 "Friedmann y Miller ya habían acuñado el concepto de "urban field", que puede traducirse al castellano como "territorio urbano" o con el más paradójico término de "campo urbano". En esa temprana fecha era evidente que la concepción de la "ciudad-metrópoli" y del "campo", como realidades físicas y socioeconómicas bien diferenciadas, ya no era posible(1). En efecto, tras la primera mitad del siglo XX, la

investigación urbanística más avanzada plantea, como uno de sus principales objetivos, la búsqueda de una estructura que permita a la metrópoli contemporánea englobar y comprender el campo, incorporándolo como uno de los muchos componentes estables de la configuración urbana.

En este sentido, resulta importante el estudio formal y arquitectónico del campo antropizado y cultivado, ya que de él pueden derivarse enseñanzas nada desdeñables para la comprensión y determinación de la forma urbana. Así ha ocurrido a lo largo de la historia y, con frecuencia, hay que buscar fuera del ámbito urbano la raíz de fenómenos que luego la ciudad ha reinterpretado, asimilándolos a su estructura. No se trata tan sólo de que la analogía con la naturaleza sea una constante cultural que está en la base de algunas grandes arquitecturas (pensemos, por ejemplo, en las catedrales góticas o, ya en época moderna, en la obra de Antoni Gaudí o de Alvar Aalto), sino de que en el mundo rural se gestan episodios arquitectónicos como el monasterio, la villa o el tándem palacio-parque, que habrán de tener una influencia decisiva en la evolución de la ciudad.

RELACIÓN CON LA NATURALEZA

Además, en épocas de crisis o de profundas transformaciones culturales, la ciudad trata de renovar sus vínculos con el paisaje. Así ocurre en la ciudad de la Ilustración, la cual se hace

En la imagen, mapa de Savannah (Georgia) hacia 1800, mostrando la ubicación geográfica de la ciudad y la parcelación de grandes fincas agrícolas (John W. Repp, "Town Planning in Frontier America").

(1). Ramón López de Lucio, "Ciudad y urbanismo a finales del siglo XX", Ed. Universitat de València, 1993, p. 152.

eco del final de la condición defensiva y militar del organismo urbano construyendo un amplio sistema de paseos y bulevares exteriores e incorporando al escenario de la ciudad la presencia de la naturaleza mediante la apertura de fugas visuales hacia los elementos geográficos del entorno. Pensemos en la Place de la Concorde en París, o en la Praça do Comércio en Lisboa. La ciudad del Movimiento Moderno ha tratado de reformular el problema de la relación con la naturaleza buscando, por una parte, los modos en que ésta podía convertirse en el verdadero contexto de las nuevas implantaciones residenciales, y por otra, ensayando procedimientos que permitiesen el entrelazamiento entre campo y ciudad, tal como propuso, por ejemplo, Paul Wolf en 1919 en su "Stadtebau", en el que delimitó una línea de trabajo que lue-

go seguirían, entre otros, Ludwig Hilberseimer o Patrick Abercrombie.

Esta es la razón de fondo por la que el Movimiento Moderno pone en cuestión la idea de calle-corredor y niega la condición de la calle apantallada y continua como escenario obligado que debe ser modelado por la residencia. No hay, en esa decisión, ignorancia alguna de la experiencia histórica, sino búsqueda de nuevas soluciones que permitan convertir la propia naturaleza en escenario cotidiano de la residencia. Del mismo modo, la voluntad de abrir el cerco de la manzana cerrada puede entenderse como un intento de resquebrajar y disgregar la masa interior de la ciudad compacta, incorporando formas de organización más complejas que generen un contacto más inmediato e intenso con el paisaje natural. Esas premisas teóricas, en tanto que son el

reflejo de aspiraciones colectivas, siguen estando en la base del debate actual sobre la ciudad y adquieren cada vez un mayor relieve. En este contexto cabe situar un fenómeno que parece ir adquiriendo la condición de regla general en la ciudad contemporánea: nos referimos al proceso de transformación de los hechos geográficos más relevantes del territorio metropolitano en elementos primarios de la nueva estructura urbana. Los hechos geográficos (ya sean bosques, lagos, sistemas montañosos, cuencas fluviales o franjas costeras) asumen, en la nueva condición metropolitana, un papel estructurador de la forma urbana semejante al que, en la ciudad clásica, correspondía a los grandes ejes y a los espacios monumentales.

Como certeramente ha señalado Antonio Monestiroli, "hoy la voluntad de establecer una relación con la naturaleza es fuerte, tal



En la fotografía, Campo sin árboles en la región de Chicago. (Ludwig Hilberseimer, "The New Regional Pattern").

LA MANZANA EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

En el centro de las últimas investigaciones sobre el tema está la voluntad de recuperar un nuevo equilibrio entre ciudad y naturaleza, entre edificación y espacio libre.

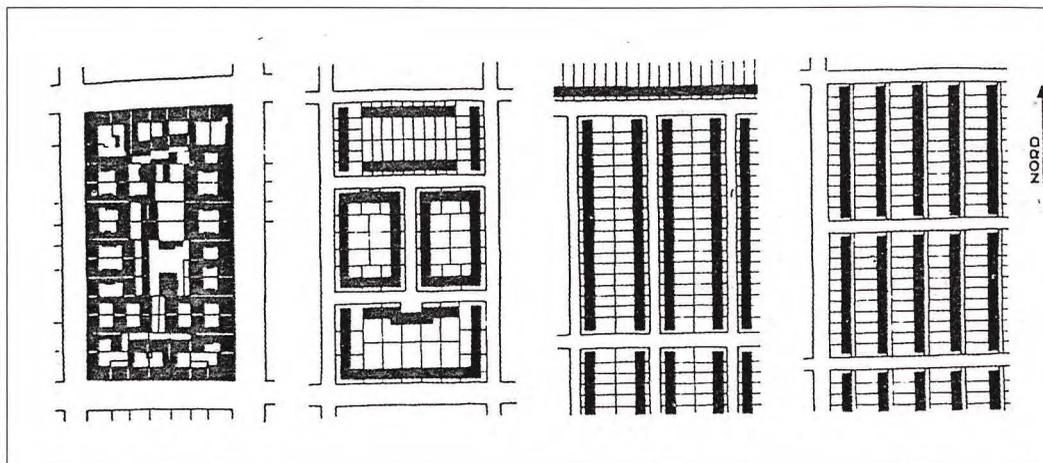
vez más fuerte que en el inicio del siglo, pero en cambio no se expresa con la misma claridad el intento de poner en práctica una idea de ciudad que sea conforme a dicha voluntad, ni menos aún el intento de elaborar un instrumental técnico adecuado para su construcción. Resulta singular esta contradicción por la que una cultura fuertemente ambientalista como la nuestra ha consentido un retorno al modelo de la ciudad ochocentista”(2).

LA NUEVA MANZANA

Los grandes arquetipos de la forma urbana (calle, plaza, manzana, jardín, etc.) tienen una inagotable energía potencial, pero es preciso repensarlos en cada periodo histórico y redefinirlos a partir de su dimensión abstracta, despojándolos de sus aspectos más contingentes. Admiramos la plaza de la ciudad tradicional y aspiramos, en nuestra época, a recrear su sentido, pero sabemos que es irreplicable en sus formas y manifestaciones concretas. Del mismo modo, nos damos cuenta de que, en la ciudad contemporánea, el concepto de manzana es susceptible de encarnar nuevos valores y que nos corresponde a nosotros averiguar y desarrollar las formas arquitectónicas que esa mutación lleva implícitas.

En las implantaciones residenciales modernas, la manzana no surge ya del troquelado de una masa edificatoria compacta, sino que es el resultado de la articulación de diversas piezas que se coordinan para formar una unidad urbana de orden superior. Estas piezas pueden ser edificios perimetrales o lineales, agrupaciones en tapiz o casas en hilera, bloques o torres: todos ellos son posibles ingredientes de la manzana entendida ya no como forma cerrada y homogénea, sino como unidad residencial compleja. Dicho de otro modo, la manzana, en la ciudad actual, no tiene por qué oponerse al bloque ni excluirlo, sino que puede muy bien integrarlo, disciplinándolo a una regla más general de construcción de la ciudad.

La ordenación abierta a base de bloques y otros tipos edificatorios afines ha fracasado cuando la implantación se ha hecho de un modo aleatorio y careciendo de elementos de vertebración urbana, cuando se ha desatendido la delimitación entre espacio público y privado, cuando no se ha establecido, a través de la huella parcelaria, un criterio claro de caracterización o demarcación del suelo. Un concepto más amplio y abstracto de man-



zana habría de servir para corregir todas esas carencias, sometiendo la edificación abierta, semiabierta o cerrada a un orden arquitectónico que, siendo reconocible, fuera menos esquemático que el de la ciudad ochocentista y no renunciara a la variedad tipo-morfológica que se deriva de la experiencia moderna. Para que la noción de manzana adquiriera el grado de abstracción suficiente, es preciso atenerse a la definición primordial que considera la manzana como una parte urbana delimitada por el trazado viario. La manzana actúa como elemento de mediación entre edificio y ciudad. Y si bien es cierto que el sistema viario ha sido y sigue siendo la base fundamental de la estructura urbana, ello no implica que la edificación le deba un sometimiento absoluto. Es posible, dentro de la manzana, un relativo grado de autonomía de la edificación con respecto al viario.

Son numerosas las propuestas de la cultura moderna que desarrollan este tema. Una vez más, podemos tomar como referencia los trabajos de Ludwig Hilberseimer y de Le Corbusier. Del primero recordemos su teoría de la "Mischbebauung", es decir, de la mezcla de tipos residenciales, en la que se enuncia la posibilidad de combinar las casas unifamiliares en tapiz con los edificios colectivos desarrollados en altura, dentro de una misma unidad residencial o supermanzana. Del segundo quisiera mencionar tan sólo la "Regla de las 7 Vías", en la que propone un sistema de irrigación del territorio basado en una estricta jerarquización del sistema viario, cuya trama y urdimbre da lugar a un tejido interviviario de gran complejidad. Una ejemplificación concreta de este modelo es el sector urbano de 800 x 1.200 m utilizado en la urba-

nización de Chandigarh.

Las ideas de la cultura moderna sobre el tema de la supermanzana de la ciudad contemporánea están bien definidas y precisadas desde el punto de vista teórico, pero han quedado en gran medida irrealizadas. Sin embargo, constituyen todavía un rescoldo que los vientos del desarrollo urbano pueden avivar y convertir en poderosa llama.

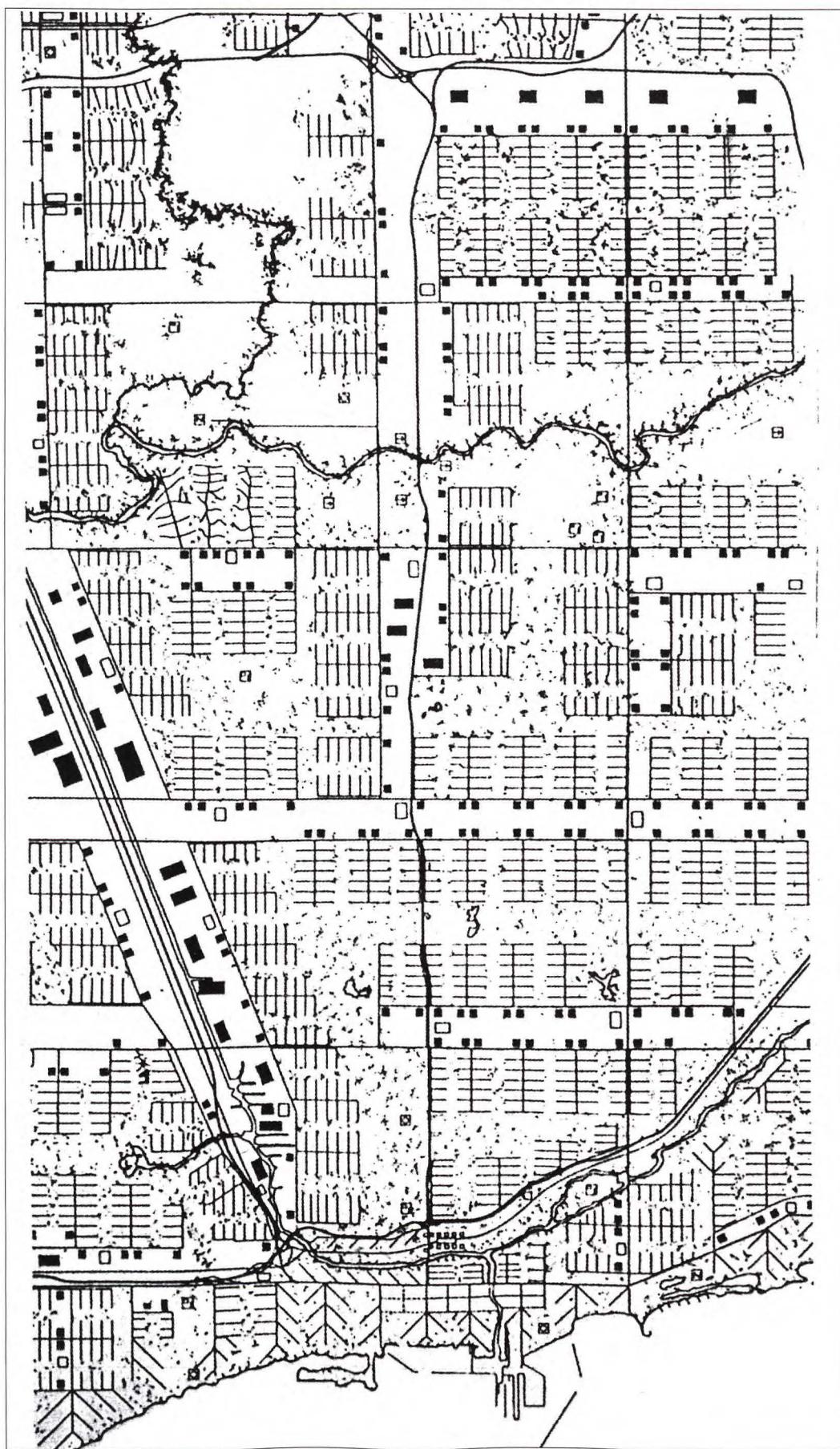
LA ESTRATEGIA DEL ARQUEÓLOGO

En el centro de todas estas investigaciones está la voluntad de recuperar un nuevo equilibrio entre ciudad y naturaleza, entre edificación y espacio libre. Esta pretensión nos recuerda el lema enunciado por Ildefonso Cerdà: "rurizar lo urbano, urbanizar lo rural". Lo que Cerdà plantea es la idea de establecer una interacción y un íntimo entrelazamiento entre las formas de la ciudad y del campo. Pero así como Cerdà, fiel en esto a la cultura de su época, opta por poner en práctica este objetivo siguiendo la estrategia del colonizador, es decir, prolongando de un modo continuo y universal la pauta geométrica que habría de permitirle regular globalmente la forma del territorio, nosotros, al final del siglo XX, nos sentimos más inclinados a adoptar la estrategia del arqueólogo, entendiendo por tal a quien percibe la realidad como una superposición de estratos todos ellos relevantes; a quien trata de descubrir el sentido de cada fragmento para recomponer, a partir de su articulación, un orden complejo; a quien concibe su aportación como un estrato más que debe sumarse a los vestigios del pasado de modo que éstos se incorporen a la nueva estructura.

Carlos Martí Arís
Arquitecto

(2). Antonio Monestiroli, "L'arte di costruire la città". Versión inglesa "The Art of Building Cities", DOCOMOMO Proceedings 3ª International Conference, Ed. Fundación Mies van der Rohe, Barcelona, 1996, p. 32.

En la imagen superior, cuatro gráficos que representan la evolución de la manzana en Frankfurt.



BLOCKS IN THE CONTEMPORARY CITY

Blocks are general principles of urban development with a universal, lasting value. It is erroneous to limit their scope to a mere episode in history as of the second half of the last century when a close relationship developed between blocks and industrial cities. Over the last few years, new residential extensions have arisen in several Spanish cities based on this nineteenth century expansion model that can be ascribed to an architectural and urban planning current attributing all of the ills of contemporary cities to the ideas of modern architecture. Throwing away all of the complex experience has done nothing more than artificially close the great debate on contemporary cities.

An implicit criticism of the arbitrary occupation of outlying urban areas that took place throughout Europe in the 1960s and 1970s can be read in the new development of these areas according to the nineteenth century model of blocks. This criticism's main shortfall is that it sets its sights on the values of nineteenth century cities.

This classical nineteenth century model is already showing signs of having depleted its capacity for positive influence on the urban development process. Today, one can no longer consider the area surrounding a city as a place to be colonized, as if it had no distinguishing marks of its own, no identity. Today's outlying areas did not exist in traditional cities. Strictly defined, closed urban areas with specific boundaries have disappeared in today's metropolitan areas. After the first half of the Thea century, the main goals of most advanced urban planning research sought structures allowing contemporary metropoli to embrace their surrounding countryside. Open space planning failed when random models lacking any sort of urban vertebrae were implemented. A broader, more abstract concept of blocks was to make up for these lacks. Modern culture's ideas on superblocks are well defined in theoretical terms, but have gone unimplemented to a large extent. At the core of all of this research is a will to attain a new balance between city and nature. Yet in the 20th century, the inclination is to adopt an archaeological rather than a colonizing strategy, understanding that these areas consist of layer upon layer of culture, and that all of these layers have a role to play in the composition of a complex order.